

LA VENUS de



POR mediación de unos amigos aficionados a las antigüedades tuve noticia de que un modesto artista restaurador de nuestra ciudad, don J. Bosch Fontseré, había adquirido una estatuita femenina de bronce, que deseaba mostrarme para conocer mi opinión sobre su autenticidad. Me ofrecí gustoso a examinarla, pensando podía tratarse de un ejemplar interesante, no para mí, sino para nuestros Museos, ya que jamás he sido coleccionista, afición digna del mayor encomio, pero que debería estar rigurosamente prohibida a todo el que ocupe un lugar en la organización arqueológica de museos, y todavía más de excavaciones, naturalmente en lo que se refiere a objetos que sean propios de aquellas excavaciones o museos.

El día 9 de marzo de 1953 quedamos citados, con el señor Bosch, en la cafetería Texas, de la calle de Caspe, lugar acaso no muy adecuado, pero que él escogió llevado de un cierto temor de entrar con su pieza por las puertas de un centro oficial. Mi interlocutor desenvolvió un paquetito, y puso en mis manos la bella estatuita cuyas fotografías puede admirar el lector. Hice de ella un examen superficial, que luego, al quedar depositada en mis manos, pude hacer minucioso, llegando sin dificultad a la conclusión de su autenticidad indudable, lo que provocó en el señor Bosch una reacción ciudadana que le

honra sobremanera: la referente al derecho moral que le asistía, dada su procedencia, para enajenarla fuera de Barcelona.

En efecto, adquirido dicho convencimiento, indagué la procedencia de la estatuita, punto de interés, ya que, a pesar de su valor artístico, si hubiese sido traída en fecha reciente de Italia o de Grecia, aquél era mucho más reducido para nosotros que si la fecha de probable importación fuese más o menos contemporánea de la de su salida del taller donde la fundieron. El señor Bosch me expuso la historia, un poco pintoresca, del hallazgo, que vale la pena de consignar abreviadamente. Un dependiente suyo, poco antes, en el barrio de la Guineueta, vio que unos



BARCELONA

Por J. de C. SERRA RÁFOLS

niños jugaban con una figurita de metal que llamó su atención. Se la pidió, le pareció bonita a pesar de su deterioro, y vio además que era de buen metal fundible, por lo que, en el peor de los casos, su adquisición a precio poco más que de latón, no presentaba ningún riesgo. La compró en esta forma, mostrándola luego a su principal, el cual intuyó ya su interés y tuvo además el acierto de indagar su procedencia. Resultó que había sido hallada en unos huertos situados al final de la calle de Manuel Sancho, travesía de la rambla de Santa Eulalia o de Fabra y Puig, en la barriada de San Andrés, huertos que cierran la citada calle y que quedan a unos 200 metros de la de Concepción Arenal, que, como saben todos los que se interesan por la topografía antigua de Barcelona, no es más que un segmento del antiquísimo camino que cruza nuestro llano de NE. a SO., cuyo tramo principal es la vieja Travesera de Gracia, prolongada en la Travesera de Las Corts, todos ellos formando el sector barcelonés del «Camí del Mig», que sigue nuestro litoral de levante, al pie de la serranía costera, pero alejado del mar.

Apreciada la autenticidad arqueológica de la estatuita, precisaba asegurarse de que era igualmente auténtica la procedencia inmediata que me era expuesta. A este fin, el día 3 de mayo del mismo año visité el lugar del hallazgo, y luego seguí punto por punto los diversos episodios relatados por el señor Bosch, en necesaria labor más policíaca que arqueológica, y pude comprobar la veracidad de los diversos puntos de su información. De todas maneras, la visita a los indicados huertos resultó decepcionante, en el sentido de que no pude descubrir, sin que se realizase de todas maneras excavación alguna, un solo fragmento de teja, ladrillo u otra cerámica antigua, ni otro indicio que delatase la existencia por aquellos lugares de restos de época romana. Igualmente negativas resultaron las respuestas hechas por los cultivadores de aquellas tierras. El hallazgo de la figurita era conocido. Apareció a cosa de medio metro de profundidad haciendo una labor en uno de los pequeños bancales de la huerta, desligada, según las informaciones obtenidas, de todo otro hallazgo, y no se concedió importancia al hecho. Sólo, desde el punto de vista topográfico, pude apreciar la proximidad al citado «Camí del Mig», y es bien sabido que los lugares de habitación suelen hallarse, entonces como ahora y siempre, en la proximidad de los caminos.

Por lo demás, las tierras que forman los citados huertos son de acarreo moderno, y dada su situación en una leve hondonada al pie de un declive, de existir en ellas restos antiguos, éstos podrían permanecer a una profundidad bastante respetable, por lo que es perfectamente comprensible que no solamente resulten invisibles, sino que no lleguen a ser alcanzados por las someras labores habituales en una huerta.

Con todo, no cabía duda de la procedencia, y consideré que era preciso que la pequeña Venus, ya que de una representación de esta diosa se trataba — la Venus de Barcelona la hemos llamado —, no saliese de la ciudad a cuyo término había sido llevada en la antigüedad, oriunda probablemente de un taller suritalico. Así que advertí al señor Bosch y Fontseré que quedaba depositario responsable de la estatuita, cuya propiedad pertenecía a su dependiente, pero a disposición de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas de la ciudad de Barcelona, de mi cargo, a cuya jurisdicción pertenecía por su calidad de hallazgo casual, sin cuya conformidad no podía verificarse transacción alguna con la pequeña obra de arte.





Pensé entonces que el lugar más adecuado para su custodia era, dada su procedencia barcelonesa, el Museo de la Ciudad, del que, a pesar de su pequeño tamaño, sería una de las piezas capitales, y el día 9 de marzo de 1954, al año justo de mi primer examen de la pequeña Venus, la examinamos de nuevo juntamente con el Director del expresado Museo, don Agustín Durán y Sanpere, en compañía del cual visitamos asimismo, algunos días después, el lugar del hallazgo, y el día 13 del mismo mes quedó depositada en el Museo, el cual, mediante un informe de la Comisaría y previos los trámites reglamentarios, más tarde la adquirió en propiedad.

En su estado actual mide 21 cm. de alto. La conservación es buena; le faltan únicamente los pies. Éstos debían estar encajados en un plinto, como es muy frecuente en estas estatuillas, y al romperse la figurita aquéllos quedaron adheridos al plinto, que no ha sido hallado. Cubre al bronce una pátina verde, con zonas lustrosas de malaquita y otras más blanquecinas y sin lustre. En algunos puntos se observa la presencia de manchas de óxido de hierro, y en la parte posterior, hacia la mitad de los muslos, hay una fuerte oxidación del mismo metal, en torno a un orificio en el que es posible estuviese inserida una varilla de hierro, destinada a aumentar la estabilidad de la figura, que a causa de la posición representada está levemente inclinada hacia atrás.

Técnicamente es un bronce macizo, fundido y con escasos retoques hechos con cincel y lima, los indispensables para borrar las señales dejadas por las piezas del molde y para acentuar ciertos detalles, como los dedos de las manos, especialmente los de la mano derecha, que no son precisamente lo más logrado del trabajo. Se usó el procedimiento de fundición técnicamente más simple, y aún es probable que, como en tantas y tantas otras estatuillas del mismo ciclo artístico, se trabajase a molde perdido, lo que en cierta manera hace de cada obra un ejemplar único, lo que acrece su valor.

Desde el punto de vista artístico, se trata de una reducida pero excelente representación de la Venus o Afrodita púdica, en la clásica actitud de salir del baño, cubriendo el sexo con el lienzo sostenido con la mano derecha, en tanto que con la izquierda cubre el seno derecho. La figura tiene la rodilla izquierda levemente flexionada; la cabeza, sobre el cuello esbelto, graciosamente inclinada y girada hacia el lado izquierdo; la nuca queda bien visible, ya que el cabello está recogido en un doble moño; quedan bien visibles también los pendientes, especialmente el izquierdo, que son en forma de aro simple; la cara es bella y de una singular expresividad dentro de su tamaño; el cuerpo queda casi desnudo, lo que permite apreciar el perfecto modelado del conjunto.

No ofrece esta estatuilla características individuales que permitan una datación exacta. En efecto, el peinado, elemento de tanta importancia para la fijación cronológica de muchas esculturas, no puede, en casos semejantes al nuestro, servir de guía segura para este objeto, precisamente en parte por su realismo: exactamente el cabello simplemente recogido de una mujer que acaba de salir del baño. Además, inspirada como la creemos en un modelo helenístico, su peinado debe ser copia del prototipo que sirvió de modelo, probablemente bastante más antiguo que el momento en que fue fundido nuestro ejemplar. En razón de la procedencia, resulta difícil creer que estemos ante una obra propiamente griega, pero creeríamos que, como en tantos otros casos, el modelo inspirador era de este arte. Pensaríamos, por razón de su fácil adscripción a obras itálicas, que estamos ante un ejemplar del siglo I de nuestra era, acaso de mediados del mismo, salido de los talleres de la Campania, en los que la tradición helénica se conservó tan fuertemente, que se exportaban a todo el mundo romano. Por lo tanto calificaríamos la pequeña Venus de Barcelona como una obra helénica por su arte y filiación, y romana por su fecha.